



Tópicos de la narrativa venezolana reciente*

Carlos Sandoval**

Resumen:

En el siguiente artículo, parte de un trabajo mayor en desarrollo, se examinan algunos de los temas caracterizadores del cuento y la novela producidos en Venezuela durante los últimos tres lustros. La intención es mostrar cómo la recurrencia de esos motivos intenta establecer un diagnóstico, en clave narrativa, de los males sociales que aquejan al país, en forma de propuestas estéticas.

Palabras clave: narrativa venezolana, siglo XXI, temas.

Abstract:

This article, advance of a largest work in progress, examines certain characteristic themes of short tales and novels written in Venezuela in the last fifteen years. We intend to show how the recurrence of these motifs is an attempt to diagnose, in a narrative key, the social evils which our country is afflicted by, presented as aesthetic proposals.

Key Words: Venezuelan narrative, 21th Century, themes

* Este artículo fue concluido en noviembre de 2015, entregado para su evaluación en el mismo mes y aprobado para su publicación en diciembre de 2015.

** Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela, Miembro del Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV y profesor de la Escuela de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello (Venezuela), escritor y crítico literario, autor de obras sobre literatura y crítica literaria. Email: sandovac@gmail.com.

1. Búmeran no boom

De las variadas manifestaciones literarias venezolanas del lapso 2003-2015, el cuento y la novela resultan, en apariencia, los géneros más frecuentados.¹ Acaso porque un alto promedio de nuestras obras ficticias devienen de la tesis que Alberto Zum Felde expuso un remoto día de 1959: “La gran novela americana —y mucho más la menos grande— es casi siempre sólo americana o específicamente americana, en cuanto a su contenido; [en síntesis:] es trasunto y expresión de su propia realidad nacional” (p. 9). Acaso por este aserto del crítico uruguayo, decía, uno de los rasgos característicos de la tradición novelística en Venezuela lo constituye la abrumante presencia del contexto socio-histórico representado en las piezas, en clara mezcla con las intrigas y los avatares de los personajes. Lo mismo ocurre, aunque con menos énfasis, en el relato. De allí la popularidad de la novela histórica entre nosotros, sobre todo desde los años ochenta del siglo XX.² Tal vez en ello pese la creencia de que mediante la entretenida lectura de ficciones se pueda adquirir, con poco esfuerzo, ideas relativas al pasado republicano o incluso más remoto.

No obstante la nítida huella del mundo fáctico en el universo novelesco local —un hecho indicado, asimismo, por críticos nacionales: Miliani (1973), Liscano (1973), Medina (1993)—, en el lapso que cubre el arribo de la llamada “revolución bolivariana” (1998) y el deceso de Hugo Chávez en 2013, líder de aquel movimiento, la narrativa venezolana fue arrastrada, como todas las instancias espirituales del país, por la vorágine ideológico-política; esto es, en el período se incrementó la atadura de la novela (y del cuento) al yugo de las volubilidades partidistas y de la discusión pública respecto del manejo del Estado. Una circunstancia que ha enrarecido no sólo algunas realizaciones estéticas, sino, por igual, ciertos análisis. Así, un ala de la crítica fomentó la especie de que vivíamos un *boom* en la prosa de ficción tan sólo calculando el número de títulos publicados en el arco 2003-2011 por las editoriales privadas.³ La suma incluía reediciones de novelas y conjuntos de relatos diluidos en la fugaz memoria colectiva, lo cual quizá hizo parecer que, en esos casos, se trataba de salidas príncipes.

Como he dicho varias veces: antes que *boom* narrativo hubo, sí, un breve auge editorial soliviantado por la avidez de un importante sector de la ciudadanía deseoso de comprender las causas que precipitaron el advenimiento del “socialismo del siglo XXI” y las posibles consecuencias que las operaciones gubernamentales de esta doctrina, tendencia, sincretismo o lo que sea signifique tal denominación, generaron en la vida civil. La necesidad se satisfizo colmando el mercado con ensayos históricos, sociológicos, políticos; de cuño antropológico o de psicología social; de reportajes y semblanzas.⁴ En la coyuntura, el periodismo obtuvo anchos beneficios, pues la rapidez de los sucesos requería estrecho seguimiento, lo cual explica las compilaciones de trabajos aparecidos originalmente en la prensa, pero que casi de inmediato se transformaban en volúmenes temáticos. Por supuesto, no puede obviarse el oportuno papel de las casas editoras: aprovecharon el venero de malestar abierto en una franja específica de la colectividad como respuesta a los cambios instrumentados por el gobierno, casi siempre de forma atrabiliaria, para intentar sacarle provecho crematístico a la situación.⁵

No tengo manera de comprobarlo,⁶ me baso en el mero empirismo del asiduo visitante de librerías, pero creo que apenas vista la posibilidad de buenas ventas explotando el disgusto antichavista, las empresas privadas del libro dirigieron su operación mercantil hacia otros géneros más refractarios al tratamiento directo de la política, quizá convencidas de que ya tenían un público cautivo. De ese modo se embarcaron en el tiraje de materiales de ficción; una apuesta riesgosa en un medio poco entusiasta por la literatura. Resultado: primero, el pretendido *boom*; luego, los efectos que la avalancha de títulos viejos y nuevos— produjo en el sistema literario: foros, congresos, coloquios, charlas, notas, comentarios, entrevistas, *jammings*, concursos; en espacios físicos o virtuales. Finalmente, la implosión de un edificio construido con falsas esperanzas, casi con puro anhelo: lo atestigua la montaña de ejemplares de cualquier autor—novel o de trayectoria— que todavía puede encontrarse en los saldos de Caracas y hasta en establecimientos del ramo.

Es cierto, sin embargo, que algunos fulgurantes episodios sirvieron para alentar la sensación de renacer de nuestra narrativa:

las ediciones de *Falke* (2004, Federico Vegas), *La otra isla* (2005, Francisco Suniaga) y el triunfo de *La enfermedad* (2006, Alberto Barrera Tyszka) en el Premio Herralde de Novela (Madrid, 2006). También, el feliz calado de *El pasajero de Truman* (2008), del propio Suniaga, en aguas polarizadas. Hacia el final del período debe sumarse, asimismo, el fenómeno *Blue Label/Etiqueta azul* (2010), de Eduardo Sánchez Rugeles. No obstante, cinco novelas no bastan para cifrar un *boom*; tal vez se trataba del fortalecimiento de poéticas individuales (Vegas y Barrera Tyszka) o de la emancipación del anonimato de dos escritores (Suniaga y Sánchez Rugeles). Se me dirá que el “cogollito” del famoso *boom* de la narrativa latinoamericana incluye, justamente, cinco apellidos: Cortázar, Fuentes, García Márquez, Donoso y Vargas Llosa. Sin duda, pero ese quinteto logró mantenerse en el horizonte de expectativas del campo cultural gracias al sostenido apoyo a sus productos no sólo de parte de entusiastas lectores universales, sino de las empresas del libro que auspiciaban sus textos. Cualquiera de sus entregas constituían (aún constituyen) sonoros eventos artísticos y pecuniarios; por el contrario, las piezas siguientes de los venezolanos mencionados no han tenido mucha fortuna.⁷

También es cierto que una pequeña debacle empresarial trizó los sueños cuando el mercado de narrativa lucía –al parecer– próspero: el cierre de la avanzada caraqueña de Random House Mondadori, una de las marcas que más hizo por la difusión de autores nacionales. Esto explica la gran cantidad de títulos de sus variados sellos en los remates. Sin embargo, cómo justificar –insisto– las decenas de ejemplares de libros de factura cercana en el tiempo de editoras activas en el medio en las mismas mesas donde se vende a precios irrisorios: Ediciones B, Alfaguara, Planeta.⁸ Obviando el examen sobre la calidad estética de las novelas y libros de relatos del lapso, es evidente que algunos se fueron de boca al diagnosticar un *boom* donde no había sino dispendio editor como consecuencia de un errático cálculo.⁹ Así pues, la imagen adecuada para definir lo vivido quizá sea la del búmeran: una voluminosa masa de unidades de vuelta a los depósitos o a los puestos de gangas, esos cotos de caza para estudiantes, profesores y bibliófilos.

2. Y sin embargo, se mueve

Con todo, debe aceptarse que, respecto de la ficción, la década transcurrida tuvo como signo el vértigo.¹⁰ Cada semana algún volumen de relatos, la lectura de un veredicto, el bautizo de una novela, nos hacía ir a librerías, centros culturales o aulas universitarias. Tal era la velocidad de los acontecimientos sociales vinculados con la narrativa que las horas no alcanzaban para seguirle el paso a las novedades o reediciones. Por los mismos años, como dije, se multiplicaron los encuentros donde se debatían aspectos críticos para conocer el carácter estructural, de estilo, pero sobre todo el tema de las composiciones. Y es que la omnimoda polarización política se introdujo en las tramas y, con frecuencia, en las poéticas; dos ejemplos: *El día que nos mataron a Chávez* (2007), noveleta de Félix Suárez (pro-gobierno), y *En rojo* (2011), cuentos de Gisela Kozak Rovero (anti-gobierno). Por añadidura, el motivo anecdótico se convirtió en la escala para medir el grado de compromiso de una pieza con el contexto. Si en un relato, pongamos por caso, se menciona en tono irónico cierta propuesta del ejecutivo central o se refiere un grave suceso que involucra torpes manejos militares, el lector entiende cuál es la orientación ideológica de los personajes (y tal vez del autor). En los trabajos empáticos al régimen “bolivariano” pasa otro tanto: los ataques directos o de soslayo contra quienes no comparten los presupuestos oficiales integran, por lo común, las acciones.

Habría más cosas que decir sobre las actividades de creación artística, extraliterarias y editoriales relacionadas con la narrativa (auge de las antologías, diversificación de estrategias narratológicas, papel del lector); no obstante, me detendré en tres temas porque en ellos descansa buena parte de los perfiles simbólicos cristalizados en varias novelas y cuentos del lapso al que se restringe este artículo.

3. Síntomas

En literatura, acotar un período para su estudio no implica, conviene recordarlo, que las alcabalas de inicio y cierre delimitan singularidades exclusivas del corpus sometido a escrutinio. Quiero

decir, no hay pureza de caracterizaciones al establecer rasgos sobre un grupo de obras correspondientes a un momento específico en virtud de que las marcas temporarias sólo tienen funciones metodológicas. Así, la narrativa venezolana publicada entre 2003 y 2015 desarrolla o recrea temas originados en lustros anteriores los cuales, por supuesto, seguirán tratándose en el futuro dado su arraigo en el imaginario reciente del país. Es lo que pasa con uno de los recuerdos más infaustos del último cuarto de siglo en la vida nacional: “El Caracazo” de 1989. El impacto de esos días de motín descontrolado, de excesos de toda índole (militares, judiciales, políticos) con una incierta cantidad de muertes, pronto se convirtió en un *leitmotiv* de diversas materializaciones ficcionales.¹¹ En consecuencia, desde la década de cierre del siglo XX, “El sacudón” ha sido tomado como cortina de fondo, simple apostilla o dispositivo que moviliza las peripecias narradas. Una lista mínima y caprichosa: *Febrero* (1990), de Argenis Rodríguez; *Calletania* (1991), de Israel Centeno; *Después Caracas* (1995), de José Balza; *Salsa y control* (1996), cuentos de José Roberto Duque; *Cuando amas debes partir* (2006), de Eloi Yagüe Jarque; *Valle zamuro* (2011); de Camilo Pino; *Simpatía por King Kong* (2013), de Ibsen Martínez; *La ciudad vencida* (2014), de Yeniter Poleo.

De modo pues que “El Caracazo” se ha convertido en anclaje temático de numerosas obras. En ocasiones, debe repetirse, se trata de una mera referencia para ubicar el tiempo (histórico) representado en el que se desarrolla la trama; en otras, es el núcleo en torno del cual giran los hechos narrativos, o actúa como el catalizador que acciona el comportamiento de los personajes. Esta sujeción al tópico revela que, en tanto organismo societario, aún no hemos comprendido por entero la magnitud de aquella ruptura en la psiquis colectiva (o, en contraste, la entendemos bien: una desventura social, causa de muchos de nuestros padecimientos cotidianos); de allí que la novela o el cuento, textualidades de especialísima actividad cognoscente, indaguen con persistencia en el asunto.

Sea lo que fuere, “El sacudón” resulta uno de los motivos destacables en la narrativa venezolana actual: tema casi obligatorio — con sus variantes — en el grueso de las ficciones locales del siglo XXI. Pasemos a un segundo tópico: los frustrados golpes de Estado de 1992.

Vistos a la distancia, los dos intentos por derrocar al presidente Carlos Andrés Pérez aquel *annus mirabilis* para Hugo Chávez y sus camaradas entraron de manera instantánea en unos cuantos volúmenes narrativos de la última década del siglo XX y, luego, en otros tantos de lo que llevamos del XXI. Al principio, la aparición del Teniente-coronel en los televisores de millones de venezolanos la mañana del 4 de febrero de 1992 le granjeó, todo debe decirse, la simpatía de amplios sectores de las llamadas “fuerzas vivas” nacionales.¹² Claro que también, es obvio, hubo señalamientos en contra, como la malhadada sentencia del senador de Acción Democrática David Morales Bello en pleno Congreso de la República ese mismo día: “Mueran los golpistas”.

Ahora bien, las secuelas novelescas de las insurrecciones militares del '92 pueden rastrearse, entre otras, en *Hilo de cometa* (1996), de Israel Centeno; *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo* (1997), de Juan Carlos Méndez Guédez; *Pin, pan, pun* (1998), de Alejandro Rebolledo. El tema aparece, asimismo, en el relato “Blindados” (2012), de Salvador Fleján.¹³ En estos títulos las fallidas maniobras del MBR 200 para deponer al gobierno producen caos y obligan a los personajes a asumir drásticos cambios en su relación con el mundo. Por lo general, esas forzadas metamorfosis sociales resultan dañinas para los protagonistas, una suerte de condenas no merecidas pero inevitables que cumplen con displicencia y a veces hasta con ceguera.

Un poco de resultas del halo épico con el que algunos políticos y periodistas interpretaron los hechos, sobre todo las semanas siguientes al 4 de febrero, las primeras representaciones de los trancos golpes de Estado de 1992 oscilan entre el trato aquiescente y la sorpresa.¹⁴ Con todo, una vez que Chávez accede al poder por vía electoral en 1998, la perspectiva cambia: ahora las referencias al tema en buena parte de los cuentos y novelas recibidos con beneplácito por la crítica se torna paródica, recusante, satírica. Verbigracia: *Árbol de luna* (2000), de Juan Carlos Méndez Guédez; *El complot* (2002), de Israel Centeno; *Blue Label/Etiqueta azul* (2010), de Eduardo Sánchez Rugeles.¹⁵ En adelante, este será el registro más destacable: cuestionar los intentos

de golpes del MRB 200 y, andado un sexenio, su consecuencia: la llamada “revolución bolivariana”. Como contraparte, los defensores del proyecto chavista que promueven la idea de que lo ocurrido el año '92 fue el inicio del esplendor “bolivariano” suman unos cuantos títulos; dos ejemplos paradigmáticos: *Josefina se arrechó & otros cuentos* (2010), de Mario Silva García; *Tiempos de incendio* (2014), de José Roberto Duque.¹⁶

A estas alturas, es ostensible la dimensión político-ideológica de las obras que comento. Esta cualidad temática, como señalé al inicio del artículo, caracteriza no sólo las creaciones de “la era de Chávez” (1992-2013), sino que constituye uno de los más vistosos relieves del mapa de nuestra narrativa. Sin embargo, el tercer tópico que en esta ocasión presento no se relaciona de forma directa con ningún aspecto de carácter político (aunque algunas interpretaciones se escoren hacia ese terreno): la Tragedia de Vargas. La recurrencia del motivo se debe a la terrible herida simbólica que en el imaginario público abrió aquel desastre natural; una lesión que, sea el caso de decirlo, aún no se cierra. La larga lista incluye crónicas, cuentos, novelas, investigaciones periodísticas, poemas y testimonios. Para lo que aquí tratamos sirvan estas muestras: *Noche oscura del alma* (2005), de Carmen Vincenti; *Puntos de sutura* (2007), de Oscar Marcano; *El bululú de las ninfas* (2007), de José Pulido; *Bajo tierra* (2009), de Gustavo Valle; y los cuentos: “Cuando bajaron las aguas” (Gabriel Payares, 2008), “La pulsera” (Antonio López Ortega, 2008), “El dólar” (Liliana Lara, 2008), entre muchos otros relatos y novelas.

Al igual que en las menciones anteriores (“El Caracazo” y los fallidos golpes de Estado de 1992), la Tragedia de Vargas funciona como marco de referencia para el despliegue de los argumentos narrativos y, a ratos, como metáfora, en varios órdenes, de los avatares del país. No es exagerado afirmar que aquel monstruoso deslave continuará apareciendo en la novelística venezolana por cuanto todavía no asimilamos del todo sus proyecciones sígnicas.

Correspondería ahora examinar detalladamente las obras donde acontecen estos tres tópicos (por cierto, no son los únicos del período) de modo de aproximar elucidaciones comprensivas. No obstante,

dejamos para otra oportunidad ese trabajo que seguro será acogido también por *Pasado y presente*; una valoración necesaria e ineludible.

Notas

- ¹ Otro tanto podría decirse de la crónica, un formato también narrativo, el cual, por razones de enfoque, dejamos fuera de este breve artículo.
- ² Podría decirse que muchas de las novelas más representativas de nuestra literatura se adscriben a esta sub-categoría genológica o evidencian trazas de la especie. Así, por ejemplo, algunos títulos de Enrique Bernardo Núñez (*Cubagua*, 1931), Arturo Uslar Pietri (*Las lanzas coloradas*, 1931), Miguel Otero Silva (*Fiebre*, 1939), Adriano González León (*País portátil*, 1968), Francisco Herrera Luque (toda su obra de ficción).
- ³ Tema de discusión pendiente: los defensores del *boom* no toman en cuenta la producción editorial del Estado.
- ⁴ La bibliografía es abundante: piénsese en los textos sobre la democracia representativa, el comportamiento del venezolano, El Libertador Simón Bolívar, los partidos políticos, Rómulo Betancourt, el caudillismo, la religiosidad popular, la pobreza, las tiranías, los sistemas ideológicos, los golpes de Estado, el militarismo, los líderes de revueltas y movimientos varios. Pedro Luis Vargas Álvarez señala que esto quizá se relacione “con la respuesta [potencial] a la pregunta por la identidad”; algunos rasgos identitarios tal vez nos condujeron a la situación actual, en “Postpolítica y postautonomía: desplazamientos hacia el mercado durante el llamado auge editorial”, en *Voz y escritura. Revista de Estudios Literarios*. N° 21, (Mérida, enero-diciembre de 2013), pp. 35-54.
- ⁵ El 23 de mayo de 2011, en un Simposio realizado en la Universidad Simón Bolívar (Litera Escena 2011. I Jornadas Internacionales de Literatura Venezolana Contemporánea), escuché decir a Federico Vegas que el estado boyante de la narrativa del cual gozábamos en ese momento se lo debíamos a Chávez, a lo que el militar había hecho con el país. Lo cual no es más que reconocer algo que ya han expresado otros narradores, críticos y ensayistas. Remito a Vargas Álvarez, en *Op. Cit.*, quien hace un breve recuento sobre el modo como ha circulado la idea.
- ⁶ No hay estadísticas fiables del área.

- ⁷ La única excepción acaso sea *Liubliana* (2012), de Sánchez Rugeles.
- ⁸ Cito ejemplos: *El doble arte de morir* (Ediciones B, 2008), de José Balza; *Entre tías y putas* (Ediciones B, 2008), de Salvador Garmendia; *Close Up* (Alfaguara, 2008), de Armando Coll; *Transilvania unplugged* (Alfaguara, 2011), de Eduardo Sánchez Rugeles; *Arca* (Planeta-Seix Barral, 2007), de Luis Britto García; *Cicatriz* (Planeta, 2008), de Juan Carlos Sosa Azpúrua, *Crímenes* (Anagrama, 2009), de Barrera Tyszka. Todos estos títulos se consiguen con facilidad en remates callejeros, de librerías y en los de las ferias de libros; también muchas novelas y compendios de cuentos del Grupo Editorial Norma que, como se sabe, cerró de manera definitiva sus colecciones de ficción en 2011. (Mientras escribía este texto se conoció la venta de varios sellos de Santillana a Random House, lo cual clausura, al menos hasta nuevo aviso, la edición de narrativa venezolana en Alfaguara.)
- ⁹ Si suscribimos el *boom* narrativo habría que reconocer, asimismo, un *boom* histórico (me refiero a los libros de Historia, disciplina que ha alcanzado inusitada presencia editorial en el período). También debería señalarse un *boom* del ensayo político, de corte sociológico, de investigación comunicacional, y así.
- ¹⁰ Con exactitud: doce años (2003-2015).
- ¹¹ Hugo Chávez usaría luego esos hechos de manera tendenciosa para instrumentar una falsa historiografía al convertirlos en origen de su revolución; una treta que aún repiten sus correligionarios y que sostiene el argumento de algunas novelas sintonizadas con su causa. No obstante, en un trabajo reciente Thays Peñalver aporta datos que sugieren que “El Caracazo” no fue del todo la reacción espontánea de una sociedad hastiada de la mala política económica y social de los gobiernos de la democracia representativa, en particular de la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez que aquel año apenas comenzaba, véase Peñalver, T.: *La conspiración de los 12 golpes*. 2ª. ed. Caracas: Cyngular Asesoría, 2016. 357 p.
- ¹² Un temprano ejemplo: *La rebelión de los ángeles* (1992), de Ángela Zago. Extenso, abigarrado y laudatorio reportaje con perfiles y opiniones de los líderes del Movimiento MBR 200. El libro incluye, también, documentación sobre los fundamentos ideológico-políticos de esa logia integrada por los militares alzados de 1992.

- ¹³ En las ya mencionadas *Después Caracas* (1995), de José Balza, y *La ciudad vencida* (2014), de Yeniter Poleo, el tema ocupa cierto espacio.
- ¹⁴ En este sentido resulta iluminadora la serie de trabajos que sobre los golpistas publicó el diario *El globo* (Caracas) aquel año '92. Debe advertirse, sin embargo, que el *putsch* del 4 de febrero, y su secuela del 27 de noviembre, tuvo de inmediato feroces y lúcidos cuestionadores (véase José I. Cabrujas : *José Ignacio Cabrujas habla y escribe*. 2 tomos. Caracas: Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar y Manuel Caballero: *Las crisis de la Venezuela contemporánea*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana / Contraloría General de la República de Venezuela, 1998).
- ¹⁵ Otros títulos que vuelven sobre el tema: “El show de Leo” (2012), cuento de Miguel Hidalgo Prince; la novela *Las peripecias inéditas de Teófilus Jones* (2009), de Fedosy Santaella; y en varios relatos del volumen *La virgen del baño turco y otros cuentos falaces* (2008), de Sonia Chocrón.
- ¹⁶ Esta novela de Duque se halla ambientada en el contexto del “Caracazo”.